
**"APRECIO ESOS LIBROS QUE TODAVÍA SON MINORÍA".
ENTREVISTA A IRIS RIVERA
POR MARÍA JOSÉ TROGLIA**

**"Aprecio esos libros que todavía son minoría"
Entrevista a Iris Rivera**

María José Troglia¹

María José Troglia: Está naturalizada una historización del campo de la literatura para niños en Argentina, señalando el retorno a la democracia en 1983 como un punto de inflexión que marca la constitución del campo. ¿Cómo te posicionás vos como escritora en esa línea histórica, cuándo se produce tu ingreso al mundo de la literatura infantil y cómo entrás en diálogo con esa tradición que incluye los nombres fundacionales de este campo en nuestro país?

Iris Rivera: Cuando vos decís naturalizada, me pongo alerta. Es que lo que se naturaliza, se cristaliza como indiscutible. Diría que el retorno de la democracia puede entenderse como un punto de inflexión siempre que consideremos que se estaba gestando desde tiempo atrás. Mucho antes de 1983, el Centro Editor de América Latina publicó los Cuentos de Polidoro, los Libros del Chiribitil. También estaban las historias de José Murillo donde se pueden encontrar gérmenes de lo que vino después.

¹ Es profesora y licenciada en Letras (UNMDP). Coordina talleres para docentes e integró el equipo del Plan Nacional de Lectura en la Provincia de Río Negro. Fue especialista en la redacción del Diseño Curricular de la Escuela Secundaria de esta provincia. Es socio fundador de la Asociación Civil Jitanjáfora. Correo electrónico: majotroglia@hotmail.com

En los años '40 ya circulaban obras de Javier Villafañe; en los '60, de María Elena Walsh, de Laura Devetach. Otras precursoras: Beatriz Ferro, Syria Poletti, Elsa Bornemann.

Lo que ocurrió con la vuelta de la democracia fue que estas obras tuvieron vía libre para difundirse y claro, hubo ahí un punto de inflexión. La literatura infantil de calidad artística que se estaba publicando en Argentina entró en las escuelas, se hizo más visible y ganó lectores.

En esa línea histórica, tuve la suerte de estar trabajando como maestra en el momento en que esto pasaba. Entonces llegaron a mis manos los libros de Ema Wolf, Graciela Cabal, Gustavo Roldán y todos los grandes autores y autoras que mencioné antes y que hoy reconocemos como fundadores/as del campo en nuestro país. Estas obras me deslumbraron como lectora y como docente a la vez. Como lectora docente, y lo digo en ese orden porque lectora, estoy segura, va primero. Pronto empecé a pensar ah, pero entonces se puede escribir así. De ahí a probar a ver si me salía aquel así, hubo un solo paso. El paso de llegar hasta un cuaderno y una birome.

Para mí, y para muchos en aquel momento- me refiero al retorno de la democracia-, existió ese primer intento y lo que siguió fueron puertas: los concursos literarios que promovían empresas nacionales como Libros del Quirquincho y Colihue.

Participar en esos concursos fue mi entrada. Así conocí a Laura Devetach que era jurado en uno de ellos. Laura coordinaba el taller literario Cadaquince y me invitó a participar. El taller de Laura era un laboratorio de lectura, escritura y reflexión. Estuve en ese momento, en aquel lugar y acepté la invitación. No sabía si me iba a dar el cuero, pero quise participar. Durante diez valiosos años, ese laboratorio fue fundante para el grupo que tuve la suerte de integrar. En aquel período fue que Laura reunió material para su citadísimo libro "La construcción del camino lector".

En ese grupo de mujeres, me encontré entre personas que ya tenían reconocimiento y hoy siguen trabajando en el campo de la LIJ con mucha pasión, ya sea como autoras, mediadoras, difusoras, gestoras culturales, editoras, especialistas, diseñadoras de proyectos de incidencia nacional. Me refiero a María Inés Bogomolny, Mirta Goldberg, Ani Siro, Graciela Falbo, Roberta Iannamico, María Rosa Mó, Lucy

Robledo, Alejandra Saguier, Juana Larrosa, Mercedes Mainero, Natalia Schapiro, Silvia Bacher. En algún tramo estuvo participando a distancia, Mirta Colángelo.

Supé de oídas que Graciela Lago asistió, durante un tiempo, a los talleres de Laura. Luego se mudó al sur y no llegué a conocerla. O sea: me la perdí.

Quien estuviera atento a semejante listado de nombres, podría pensar que Laura Devetach tuvo la intención expresa de formar un grupo de mujeres, pero no. De hecho, durante un tiempo tuvimos con nosotras a Daniel Retamar.

Lo cierto es que del taller Cadaquince fue imposible no salir transformadas. Ese grupo sigue siendo un colectivo de consulta para muchas de nosotras.

María José Troglia: Los comienzos de tu trayecto están marcados por una recuperación de la literatura popular, oral, que explora el humor de corte urbano. Contanos si esto fue una apuesta o emergió de modo impensado.

Iris Rivera: Era lo que me salía, lo que me daban ganas de contar. Por un lado, se trataba de los cuentos que escuchaba de niña, los que me contaban mis abuelos, mis tíos, mi mamá. Las historias que inventaba mi papá también tenían ese humor juguetón, esa impronta. Por otro lado, las anécdotas que se contaban en casa en los cumpleaños también eran así. Eran y son cosas que nos sucedieron en la realidad real, valga la expresión, y que al volver a contarlas, nos vuelven a causar gracia. Hoy por hoy, es muy común que nos escribamos mensajitos diciendo: mirá la última de tal... y ese tal puede ser uno de nosotros, adultos, pero también un niño de la última generación de la familia, esas personas que están creciendo y que soplaron, a la fecha, entre 3 y 10 velitas de cumpleaños.

María José Troglia: En algunos de tus últimos textos reaparece esa línea de escritura un tanto más estilizada y ligada a lo folklórico, como en Lo que escuchó un pajarito, Bicho hambriento o Cuentos de por acá. ¿Qué encontrás en la literatura tradicional y cuáles son tus búsquedas allí?

Iris Rivera: Vos decís más estilizada, pero visto desde mi lado, diría que me esmero por escribir mejor. Siempre me esmeré porque parece que soy muy esmerada (así decían mis maestras de la primaria, ja), pero con la práctica, debe ser que me sale mejor la hechura. Antes no me daba cuenta de algunas arrugas, chingues, desfleques. Ya hace como treinta años que publico libros y, bueno, voy tratando de usar agujas cada vez más finas. Ojalá algún día me salga la puntada invisible que mi mamá modista me enseñó.

Lo que encuentro en la literatura tradicional es una potencia, una fuerza, unas tramas que envidio cuando quiero crear mis propias historias. Aprendo a narrar mientras intento volver a contar esos cuentos tan contados. Aprendo sobre poesía mientras tengo en el oído las canciones que se me grabaron en la infancia de escucharlas nomás.

¿Qué busco? Por un lado me da alegría el hecho de imaginar lectores niños que lean esos cuentos tan hermosos por primera vez. Por otro, la economía de palabras que piden esos relatos hace que aprenda a no irme por las ramas cuando quiero crear una historia. Son cuentos que van al grano, al hueso. Quiero aprender a narrar así. Debe haber otros motivos, pero por ahora no me doy cuenta de cuáles pueden ser.

María José Troglia: En el libro Cuentos con tías aparece una contracara, o podemos decir que en el libro Vivir para contarlo aparece una contracara, según cómo se tome el libro. ¿Cómo fue pensado ese proyecto? ¿Qué decisiones has tomado respecto de la literatura para adultos?

Iris Rivera: El proyecto no era mío y no tuve que ver con el diseño del libro. La idea es de María Rosa Mó, creadora de la Editorial Libros del Cronopio Azul. Ya nombré antes a María Rosa como compañera en el taller de Laura Devetach durante diez años.

Una de las cosas que sucedían en ese espaciotiempo era que leíamos nuestros borradores. Aquellos intentos de escritura literaria eran parte en la ronda de Laura. Un día, María Rosa me propuso hacer ese libro de doble entrada que llamamos Cuentos con tías/ Vivir para contarlo. Para entonces, ya tenía escritos casi todos los cuentos, tanto los que suponen lectores niños como los que suponen lectores adultos.

Habrá sido necesario escribir alguno más para completar los ocho que integran la publicación. Lo que recuerdo es que había un par de historias más en carpeta con la intención de darles mejor forma. Faltaba poner las manos en la masa, diría María Rosa, y bueno, la posibilidad de publicarlas hizo que me arremangara.

Contó con mis compañeras de taller y con Laura misma como lectoras. Ellas me acompañaron a corregir los sucesivos borradores.

En cuanto a las decisiones relacionadas con la literatura para adultos, no fueron decisiones conscientes. Se trataba de historias que involucran vínculos de pareja, entonces en ese momento no dudamos de que podrían interesar más a los adultos que a los niños. Y así salieron del horno.

María José Trogli :  Literatura para niños, literatura para adultos, literatura a secas...? Algunos de los libros álbum que publicaste tensionan estas categorías.

Iris Rivera: Bueno, vos decís que tensionan estas categorías. Como lectora not s eso. Pero desde mi lado, no tengo intención de tensionar o no tensionar. S  que escribo desde lo que me pone tensa, eso sí, pero mucho más no s  decir. Cuando algo me incomoda, me inquieta, me descoloca, yo escribo. Esas son las historias que me sale contar y lo que hago es contarlas de una manera que no deje afuera a los niños.

Ahora que lo pienso a casi 20 años de distancia, los cuentos de parejas de Vivir para contarlos, siguen sin ser accesibles a los niños, pero no porque caigan fuera de sus intereses, sino por la forma complicada en que están narrados. Me refiero al juego con los narradores, a los diversos niveles de lenguaje, a la sintaxis. Por ese tipo de cuestiones, me sigue pareciendo que no son accesibles a lectores poco entrenados, con menos recorrido o que recién están comenzando.

En cambio en Baldanders, por ejemplo, un libro-álbum donde también se narra la historia de una pareja, el trabajo que hicimos- Tania de Crist foris con las imágenes y yo con las palabras- fue el de contar una historia que pudiera ser leída por personas de toda edad, incluidos los niños. Tal vez algún lector o lectora podría decir que nuestro trabajo resultó más simple, pero el hecho es que se hizo más complejo: había que contar esa historia de una manera tan diáfana que hasta un niño la pudiera

comprender. Y no digo entender, sino comprender. Entender tiene que ver para mí, con conceptualizar, con poder explicar. Comprender es otra cosa: es captar con los cinco sentidos, con los seis, incluida la intuición. Comprender una historia es que esa obra te toque y la puedas abrazar, sentirla... aunque no puedas explicar el cuento ni lo que te pasa con él.

María José Troglia: Cuando hablamos de literatura infantil o de literatura para niños ¿en qué niños estamos pensando? ¿Es la misma para todos los chicos? ¿En qué chicos pensás cuando escribís, cuando una editorial publica un libro, cuando se arma una colección, cuando un mediador elige un libro para compartir con un chico...?

Iris Rivera: Se puede hacer un recorrido histórico por las diversas concepciones de infancia que en el mundo han sido y están siendo. Cualquiera puede ver que ellas van cambiando con el devenir del pensamiento, así como la concepción del mundo, de la sociedad, de la cultura, de la historia, cambian con la época y son distintas en los diversos grupos humanos, aun en la misma época. Incluso son distintas en personas distintas del mismo grupo humano y de la misma época. Son distintas entre los miembros de una misma familia, entre amigos del mismo grupo, entre profesionales de cualquier profesión vinculada con la infancia y que trabajen en la misma institución o participen del mismo proyecto.

Cuando digo niños, es bien difícil saber qué entiende mi interlocutor. Hasta exige un esfuerzo complejo el llegar a saber, yo misma dentro de mí, qué estoy diciendo cuando digo niños.

Me puedo dar cuenta de que no hay un niño, una niña igual a otro, a otra. Veo que las infancias son diversas en lo personal, en lo social, en lo cultural. Que los niños, como los adultos, vivimos realidades diversas y las vivimos de acuerdo a nuestra sensibilidad, al lugar donde nos desarrollamos, a las experiencias que nos tocaron, a las oportunidades que tuvimos o no tuvimos de poner en juego los talentos con los que vinimos al mundo.

Cuando escribo, más que pensar, vivo la historia... o vivo en la historia que estoy contando. Me traslado a ese lugar y ese tiempo y estoy ahí viendo suceder los

hechos que trato de narrar. A la vez, intento que la manera de narrarlos sea tan transparente como me sea posible para que pueda llegarle a cualquier niño o niña de cualquier edad, de cualquier extracción social, de cualquier historia de vida. Imagino lectores despiertos que están creciendo y que, por eso, están cada vez más despiertos según pasan los días, los meses, los años. Lectores alertas, sensibles, capaces de comprender cosas que nadie les explica, ávidos por conocer, por vislumbrar, por tener experiencias. Imagino personas curiosas que sienten emociones, que se hacen preguntas, que anticipan lo que puede suceder, que se sorprenden con lo inesperado, que son capaces de empatizar o “antipatizar” - si cabe la expresión- con otras personas, entre ellas los personajes de las historias que les llegan.

María José Troglia: ¿Cómo pensás la relación entre la literatura para niños y la escuela? ¿Puede la escuela dejar leer librándose del didactismo, de la intención a veces pedagógica, a veces moralizante, de las intrusiones del mercado?

Iris Rivera: Yo creo que puede. La escuela tiene ese poder y muchos otros. Lo tiene como posibilidad. No encuentro mejor manera que la que halló Graciela Montes en su momento y que por eso resulta tan citada. La escuela sigue siendo la gran ocasión. Claro que, para que lo sea, los docentes mediadores necesitamos tomar conciencia clara de esto que decís: las intrusiones del mercado existen de una manera de lo más mercantil e intrusiva que uno pueda imaginarse. Los libros son, además de un vehículo de cultura, una mercancía y como tal son tratados por muchas empresas que venden libros como podrían vender juguetes del tipo merchandising o música chingui chingui o ropa de confección (de mala confección). También están los libros que se editan a demanda de una escuela que busca usarlos para tratar determinados ítems de la currícula, que busca ayuda para entrar en tema con la píldora dorada de la pseudo literatura. Me refiero a aquellos libros que se disfrazan de cuento, de poesía, de novela para no mostrar las cosas como son, en beneficio- o maleficio- de pintarlas como debieran ser cuando resulta que ese deber ser viene de una postura biempensante- con m antes de p, para que sea más escolar- que intenta formatear lectores en lugar de jugarse a que los niños y niñas, a que los jóvenes puedan sentir y

pensar por su cuenta, a riesgo de que no sientan y piensen como nosotros los autores- y también los docentes- sentimos y pensamos que deberían sentir y deberían pensar.

Creo que la escuela puede librarse del didactismo, de la intención pedagógica, de la moralina. Lo creo porque conozco muchos proyectos que lo intentan y que lo van logrando. A la vez, veo lo difícil que nos resulta a los docentes dejarnos ser lo que somos: lectores libres y, a partir de ese permiso, dejar ser a otros lectores de cualquier edad. Lo difícil que nos resulta darnos cuenta de que el concepto de lector incluye el de ser libres para sentipensar (salud, Fernando Barragán, creador de tan hermoso verbo).

Por otro lado, o por el mismo, los lectores sentipiensan lo que quieren, se los permitamos o no. Si no les damos permiso, se lo toman. Los que somos lectores no andamos pidiendo autorización. Y si, como docentes, creemos estar formando lectores cuando los atamos a lo que queremos que sentipiensen, me parece que pecamos de ilusos: lo que estamos formando no son lectores. Y si alguno, de entre ellos, llega a serlo, no será gracias a nuestro esfuerzo, sino a pesar de él, a contramano de nuestra mejor intención. Imaginar un lector que no siente y piensa por sí mismo me resulta imposible. Un posible imposible: una contradicción.

María José Troglia: ¿Cómo ves hoy la literatura para niños en el mundo y en nuestro país? ¿Reconocés fenómenos novedosos, insistencias, repeticiones, apuestas seguras, más transgresoras...? ¿A qué apunta el mercado editorial?

Iris Rivera: Esta es una pregunta muy interesante, pero todavía tengo una mirada de corto alcance en relación con una cuestión tan abarcadora. Trato de ampliar esa mirada y en eso estoy, pero por respeto a quienes lean esta publicación, paso de responder y anoto los nombres de al menos dos personas que considero autorizadas para dar cuenta de semejante pregunta aquí y ahora. Se trata de dos especialistas argentinas de reconocida trayectoria que se dedican a explorar y construir esa mirada de águila que esta cuestión necesita. Puedo nombrar con mucho respeto y reconocimiento, a Marcela Carranza y Cecilia Bajour.

María José Troglia: ¿Qué imágenes y representaciones de la infancia creés que se construyen en lo que se publica y circula hoy?

Iris Rivera: Pondría en plural la palabra infancia. Lo que tienen de parecido los niños que en el mundo están creciendo, es que todos transitan los primeros años de vida. Por lo demás, las circunstancias en las que esos años transcurren, son tan diversas como se pueda pensar y un poco más. Por devenir histórico, por contexto social, por las diferentes historias de esta familia y la de al lado, de este barrio y aquel otro, por nacer y criarse en un medio rural o en uno urbano o suburbano, por nacer en un country o nacer en el Chaco profundo, ser niño en un país o en el otro o en el otro, pertenecer a un grupo de emigrantes o inmigrantes, criarse en una familia tipo o en cualquiera de los tantos otros tipos de familia, por las circunstancias fortuitas que le tocan a este niño y aquel otro, por ser un niño o ser una niña, por los bienes materiales y culturales a que distintos niños y niñas tienen acceso o no lo tienen, por nacer y criarse en casa propia, alquilada, usurpada, con techo, sin techo, en una institución de las llamadas hogar, por tener buena salud o no tenerla, por estar alimentados o desnutridos, por tener capacidades diferentes, por los derechos que a los diversos niños y niñas les son respetados o ignorados o avasallados, y etc. y etc. y etc.

Por todo esto es que no hablaría de infancia, sino de infancias. Me parece que lo deseable, en las publicaciones que circulan hoy, sería que esa diversidad se viera reflejada. Y no estoy segura de que esto ocurra. Donde veo uniformidad, me pongo atenta: algo o mucho está quedando en sombras. Algo o mucho no se está haciendo visible. Sigue habiendo muchos niños y niñas invisibles en el grueso de las publicaciones que circulan hoy. Por eso, del grueso, me quedo con lo fino: me detengo y aprecio esos libros que todavía son minoría. Entonces me interesan las obras donde, de pronto, algo que no se veía, se pone en primer plano, sale a la luz.

María José Troglia: El campo de la crítica de la literatura para niños se está fortaleciendo en nuestro país alimentado por las teorías de la lectura, de la escritura, de la imagen. ¿Qué operaciones creés que hace la crítica desde la academia y las publicaciones especializadas?

Iris Rivera: Responder esta pregunta es bien difícil para mí porque no soy académica. Voy buscando formación y por eso cursé el Postítulo en LIJ del CePA que funcionó en la Ciudad de Buenos Aires en su momento. Por lo mismo me inscribí en las Diplomaturas de la UNSAM y las recomiendo cada vez que tengo oportunidad. El efecto que generaron en mí tiene todo que ver con sacudir tranquilidades.

Una de las operaciones que más me interesan de la crítica desde la academia es esa: la que problematiza este territorio de la LIJ que puede parecer cercano, sencillo, pero apenas se levanta la primera capa, ya se ve el peligro de naturalizar esa supuesta sencillez. Digo peligro porque muchas veces, uno puede caer en la embromada ilusión de controlar (a la LIJ, a los mediadores adultos, a los lectores niños).

Escribir crítica me parece un trabajo muy serio y muy complejo. Uno de los riesgos, creo, podría ser olvidar que se habla desde la propia mirada que, aunque intente ser lo más abarcadora posible, siempre es una perspectiva. Otro riesgo a tener en cuenta, creo, sería el de reducir los textos literarios a las teorías, algo así como querer meterlos en caja, siendo que el arte- cualquiera de las artes- se caracteriza por salirse de los moldes.

Entonces me interesan las miradas críticas que, además de eruditas por supuesto, están atentas a otras lecturas y otros lectores además del crítico mismo, conscientes de la riqueza de otras perspectivas que no solo son posibles, sino además reales.

Lo más difícil para mí, cuando me veo en trance de ejercer algún tipo de crítica (por ejemplo, cuando me tocó participar como jurado de algún concurso), es incluir la autocrítica, relativizar mi propia postura. Con lo que cuesta construir una postura, hacerse de algunos criterios, lo difícil que es estar abierto como para ponerlos en cuestión. Por eso admiro esto cuando lo encuentro en quienes hacen de la crítica su trabajo académico. Me refiero a estar alerta para que esos criterios no se vuelvan generalizadores y autoritarios, que no enjuicien con el dedo levantado.

La crítica académica me da a pensar y eso hace bien. No puedo ni quiero escribir literatura parada en un piso que no se mueve. Al menos en mi caso, elijo esa sensación de estar haciendo equilibrio sobre una ola que te puede revolcar. Elijo esa

inquietud, la incertidumbre, la intranquilidad. Y que las obras que surjan generen discusión me parece importante, deseable.

Cecilia Bajour lo dice así: “Cuando la discusión no existe, cualquier campo de la cultura tiende a ser autocomplaciente, a contentarse con objetivos o problemas de poco alcance, y entonces suelen quedar en primer plano las posiciones más conservadoras.”.

En materia de conservadoras, elijo la de cubitos que tengo en casa y ninguna más. Es que si todos estuviéramos de acuerdo y no hubiera debate, llegaríamos a un punto de agua estancada. ¿Y qué se puede criar/ crear allí, además de larvas de mosquito?

Es por eso que celebro la aparición de Catalejos. Sé que detrás de esta publicación hay un colectivo de trabajo que viene surfeando desde hace mucho y con seriedad en las aguas movedizas de la LIJ. Un colectivo anfibio, vendría a ser.

En su acepción más común, el colectivo es un medio de transporte al que tiene acceso gente de lo más diversa. Agradezco contar con la tarjeta SUBE y que me inviten a usarla.